

primera prioridad: recuperar nuestra primacía en educación

● FRANCISCO EDUARDO TRUSSO

DESDE hace varios años Argentina está ausente —no me refiero a ausencia física— de los organismos y servicios educacionales donde se estudia y planifica, a nivel internacional, la educación para el decenio que corre.

Más aún, ha perdido la prioridad —por cierto bien ganada, desde Sarmiento y Mitre— que la prestigió como país altamente desarrollado en el campo de la educación latinoamericana. El centro de gravedad se ha desplazado de Buenos Aires a Santiago, Bogotá y Méjico. También en estos últimos se han ubicado los centros y experiencias a nivel internacional.

Mientras tanto, interiormente se ha producido una esclerosis de nuestro organismo educativo y, consecuente contracción de su anterior capacidad creadora, una resignación fatalista, una desarticulación económica. Resumiendo, hemos caído en representar el papel de "venidos a menos".

Naturalmente que esta situación no es ajena ni muy distinta a lo que sucede al País en los demás ámbitos. Pero creo

necesario puntualizar que el estado de nuestra educación no es tan negro como se lo suele pintar, a veces, diría, con mórbida delectación.

Al respecto, habría que explicar lo que sucede recurriendo al criterio aplicado en lo empresario, entre situación económica y financiera, que permite coexistir un buen estado económico con una estrechez financiera. Creo que es permitido sostener la opinión de que el capital educativo del país es satisfactorio, sólido, con amplias reservas, con capacidad para ordenarse a las necesidades y requerimientos económico-sociales.

Pero es un capital que no reditúa capacidad humana ni satisface los requerimientos. ¿Por qué?

1º) Porque carece de conducción y objetivos orgánicos.

2º) Porque carece de capacidad de innovación.

La primera falta hace al tema tan actual del planeamiento, al que me referiré más adelante.

CAPACIDAD PARA INNOVAR

En cuanto a lo segundo, no está demás recordar que lo que califica a un pueblo como sub-desarrollado no es tanto su atraso en el desenvolvimiento económico o técnico, cuando su falta de capacidad para innovar. Es decir, que el acento debe ser puesto en un ingrediente de orden espiritual y motivacional más que en un valor tecnológico o financiero.

Si se acepta que una de las características de nuestro tiempo lo constituye el veloz y repetido obsolescencia de ideas, técnicas y productos, que en breve tiempo pasan a ser reemplazados por otros que en el mismo acto de su creación inician la rápida carrera hacia su desplazamiento y superación, debemos acordar que fundamentalmente se necesita una disposición y hábito mental capaces de prever y afrontar el obsolescencia y crear, con anticipación suficiente, las condiciones de receptividad de lo "nuevo".

Este fenómeno exige que quienes conducen y orientan el proceso educativo —o mejor la "empresa" educativa— pongan el objetivo de su atención no en lo presente, sino en el futuro.

Quien no proyecta su estudio y dirección varios años adelante no puede ser un buen conductor de la educación. Más que conducir el volante se trata de crear nuevos modelos.

Ello indica que se precisa más del proyectista que del albañil. Más que condiciones de mando, condiciones de artista creador e imaginativo.

Mientras en la estructuración de programas y materias, en el estudio de la edificación escolar y la confección del presupuesto se sigan los criterios tradi-

cionales de una economía y técnica estáticas, poco es lo que se podrá hacer.

Hay que superar en arquitectura escolar la idea del edificio convencional rígido y hecho para "durar", por la idea de una escuela dinámica y en movimiento, hasta diría en estado de experimentación.

En materia presupuestaria la exigencia es aún más grande. Su actual pesadez e inercia debe ser superada por una agilidad de estructuración que le permita acomodarse, con rapidez y facilidad, a los cambios de necesidades y requerimientos. No basta saber leer un balance, equilibrar los ingresos y gastos, manejar los datos contables tradicionales, fiscalizar las erogaciones. Es preciso algo más: estructurar un presupuesto al servicio de una política educativa dinámica y creadora.

Parece arriesgado y obsoleto realizar una previsión y valuación de las necesidades financieras sin atender a un prolijo estudio de los costos por unidad-educador y por unidad-alumno, en relación a una utilidad que ha de ser encarada con rigor científico y en miras a una sociedad en expansión. Debe hacerse la valuación y contralor de los costos en función de las decisiones para el futuro.

PLANEAMIENTO ABIERTO

La otra causa que anotábamos de la pérdida de nuestra rectoría latino-americana y de un adecuado índice de re-dituación, está dada por la carencia de una conducción planificada.

El tema del planeamiento educativo ya no es una novedad. Al menos en ciertos círculos dirigentes, es hoy un lugar co-

mún hablar de planeamiento de la educación dentro del ámbito de Alianza para el Progreso, de la educación como una inversión, de la interdependencia entre planeamiento y desarrollo económico-social.

Aceptado en los organismos competentes, nacionales e internacionales, que el planeamiento ha de constituir la principal tarea durante el corriente decenio y que sin él no es ya posible hablar de las próximas etapas han de ser:

I. — Considerar el contenido de la planificación, su estructura, el cómo hacerla en Argentina, el modo de integrarla en los planes de desarrollo nacional y americano.

II. — El comenzar a hacer el planeamiento.

Ante todo conviene quede suficientemente claro que la planificación educativa, dentro de la sociedad democrática, no puede significar una programación vertical e imperativamente impuesta desde el estado. Como he tenido oportunidad de repetirlo durante mi paso por la Subsecretaría de Educación, la misma debe estudiarse y formularse en torno a una mesa redonda, donde concurren todos los organismos e intereses comprometidos en el proceso educativo, se escuchen los diversos requerimientos sociales, se pulse el estado de opinión pública, se reciban las varias experiencias y se tomen decisiones científicas y suficientemente amplias para permitir su aplicación dentro de una prudente libertad. La experiencia obtenida durante la reunión inaugural del Comité Intereducacional de Planeamiento y Primera Conferencia Federal de Ministros de Educación, ha mostrado la viabilidad y aco-

gida de una planificación abierta en el sentido que dejo expuesto (I).

Parece que con cierta aproximación se puede reconocer que hay una zona —articulación de las creaciones de centros educativos, financiación, fomento de los distintos tipos de estudio y carreras de acuerdo con la fisonomía, necesidades y recursos de cada región y complejo humano— en que las normas del planeamiento deberán tener un mayor acento ordenador por parte del gobierno responsable de la educación nacional. Mientras que en otros aspectos —estructuración y contenido de los programas, selección y formación de docentes, sistemas de aprendizaje, curriculum, etc.—, en cuanto entren dentro del objeto del planeamiento, se deberá ser sumamente cauteloso, cuidando de dejar el máximo ámbito a las iniciativas y a la propia responsabilidad y conducción de los organismos zonales, públicos y particulares.

Naturalmente que este camino es el más largo, y deberá ser recorrido con extrema paciencia y prudencia, pensando que la obra de la educación no puede ser resultado del pensamiento de un ministro o de un equipo de expertos, sino de la confluencia de los varios intereses y opiniones en juego. Pero no se puede dudar que es el único cierto, que evita los conflictos y permite motivar las totales energías del país.

Habrá que poner harto cuidado en evitar que el planeamiento de la educación se convierta en arma de lucha ideológica. Las ideologías deberán quedar postergadas y dejar el puesto a los criterios de eficacia científica y técnica, con espíritu de sometimiento a las exigencias de la realidad. ◆